

Después de la lluvia, llega el vendaval que azota mis entrañas. No disipo cielos despejados, ni pronostico anticiclones que calmen el desasosiego que ahoga mi alma.

Me siento como la pluma que etérea queda al mandato de la mano que día a día ordena y ejecuta.

Me siento como el agua que se evapora al calor de un abrazo, se solidifica tras el frío y es líquido derramable durante toda su vida. Insignificante títere que pende de sus cuerdas, como lo hace un hilo de su aguja, o mi corazón de su alma.

Me siento vacía, como el desierto sin agua, como el mar sin vida, como el grito sin voz, que calla por tener prohibido expresar aquello que mi corazón delata.

Me siento asfixiada por el terror diario que soporta mi alma, que cual ladrón ha arrebatado mi dulce infancia, como la falta de aliento, ahogada, desesperada en una cueva lúgrube que no divisa luz para correr hacia el aire que oxigena el cerebro que racionaliza el daño que sufro, acongojada.

Un huracán, arrebató de mi vocabulario un sinfín de palabras, que ya para mí han agotado su insignificante significado. Las derrotó, como se derrota al adversario en una dura batalla, dónde el más débil cedió por no herir aún más el interior que agrietado gritaba, cual ogro ensangrentado, que no puede escapar de la trampa.

Tantas son, que ya ni me acuerdo: amor, igualdad, respeto, dignidad, orgullo, oportunidad de expresión.

Oportunidad de expresarse, como es cada cual, sin estereotipos danzando al son de las palabras, despreciadas por la indiferencia, que aún inculta, a la mayoría agrada.

Orgullo de ser una misma, en una sociedad repudiada, por ser lo que soy, por no tener un estatus que tu mente acalorada dignifique mi alma.

Dignidad, por no cometer un delito cuando trabajo, cuando mis hijos comen del pan que yo consigo, sin que esta sociedad me haya regalado nada.

Respeto, por la vida, por ser mujer, por sentirme mujer, por creer que mi género no es inferior a ningún otro, por estar orgullosa de serlo y por defender las raíces que sostienen el tronco que tanto recuerdo cuando mi paciencia se acaba.

Igualdad: tu y yo a cada lado de una balanza, sin que yo caiga en picado. El mar relajado, la paz de volar sin sentirse amenazada.

Amor, como expresión de dulzura, de cariño, de amistad, de encanto.

No soy Alicia en el País de las Maravillas, ni creo que sea tu Cenicienta, ni vivir en el mundo de Peter Pan, tan solo quiero vivir en una sociedad que me comprenda, que no me repudie por ser mujer, porque mi cuerpo sea mi instrumento de trabajo, por intentar subsistir en una existencia que me degrada al abismo de la indiferencia, al abismo de la adversidad de la desigualdad, al pozo de la oscuridad que no divisa halo de luz que sanen las heridas que con hierro forjado han marcado el corazón que intenta latir en igualdad.

A ti, a ti, que me maltratas día a día cuando me insultas. A ti, que con tu mirada desnudas el alma que se abriga del cariño de amistades y familia. A ti que miras desde el peldaño superior, en puntillas, desde la escalera, por la que tú al igual que yo subimos y bajamos flexionando las rodillas.

A ti, que lees esto, nunca olvides que mujer soy, con orgullo de serlo, y que mi corazón anhela oportunidad, igualdad y libertad.